

Matusalem hirió el suelo violentamente con la planta del pié, al mismo tiempo que aplicaba á su frente una furiosa palmada.

— ¡Torpe de mí! exclamó; he debido adivinarlo desde el primer momento.

— ¿Por qué? preguntó Miguel.

— ¿Por qué?..... porque yo soy un imbécil y Agudo es un genio..... á él le debes los dos millones.

Miguel se sonrió, repitiendo :

— ¡Agudo!..... ¡Agudo!.....

— Sin embargo, la idea se puede decir que es mia; el plan todo es de Agudo, la ejecución es de Redondo..... La obra ha salido completa. Ahí tienes el demonio.

— En ese caso, rectificaré; no es uno, son tres; es decir, añadió soltando la carcajada, es una obra de todos los demonios.

Matusalem riyó tambien ruidosamente, pensando en la Marquesa, y restregándose las manos, decia :

— Vamos, nos han caido dos millones por la chimenea.

CAPÍTULO X.

De la lengua á las manos.

Sin perjuicio de que tambien lo sean los que hablan poco y áun los que no hablan nada, es cosa definitivamente convenida que todó hablador es tonto; y entre todos los tontos es preciso convenir en que el hablador es el más insoportable. Ya se ve: por íntima y estrecha que sea la relacion que existe entre el pensamiento y la palabra, no son una misma cosa, y el hablador, prevaliéndose de esta diferencia, hace caso omiso de todo linaje de entendimiento, y se entrega al abuso contínuo de todos los lugares comunes de la lengua.

No es lo mismo tener entre ceja y ceja una imaginacion viva ó profunda, un talento vasto ó brillante, que llevar dentro de la boca

el movible aparato de un molino de viento.

El hablador propiamente dicho habla, habla y habla sin conciencia de lo que dice, de la misma manera que los mazos del piano golpean las cuerdas, haciendo sonar el instrumento sin tener ni la más remota idea de la armonía.

El fondo de este sér, ó como diria Guillen, su idiosincrasia, es la insustancialidad. Despues de oirle por espacio de una hora, si hay resistencia para tanto, sólo se saca en limpio el abombamiento que experimentamos al meter la cabeza en las huecas soledades de un tonel vacío.

Infeliz del que pretenda seguir el hilode su discurso; la atencion se fatigará en vano, registrará todos los rincones de sus inagotables palabras, y perderá el tiempo y el trabajo, por la razon sencillísima de que semejante hilo no existe.

Si á esto se añade una voz gutural, desabrida, cascarrada, sin inflexiones, una fisonomía sin movilidad, sin expresion ninguna, un tono igual, una verbosidad sin accidentes, una afluencia sin contrastes, una pro-

nunciacion sin ortografía, se tendrá idea de lo que es esta especie de carraca humana.

Este sér ni piensa ni siente; solamente habla y habla y habla; no tiene corazon ni tiene entendimiento, no tiene más que lengua. Su palabra cae sobre el asunto más interesante como un jarro de agua fria; no hace llorar ni hace reír, ni conmueve ni entretiene; es un poste que habla de corrido; despoja de interes cuanto refiere, es un almacen de vulgaridades. En su boca son insignificantes los sucesos más graves, comunes los más originales, viejos los más nuevos.

Hay habladores con gracia que divierten un cuarto de hora, hay habladores que se apasionan y conmueven diez minutos, hay habladores amenos que distraen media hora; éste ni entretiene ni conmueve ni distrae; se le oye, pero no se le escucha; es de esos seres que quitan la soledad y no dan compañía.

Hay habladores de palabra viva, los hay tambien de palabra enfática; aquí no hay ni énfasis ni viveza; no hay más que pesadez pura sin mezcla de otra cosa.

Hay habladores del género cómico, del género trágico, del género melodramático. Éste pertenece al género aflictivo.

Tal es, á mi juicio, el verdadero tipo del hablador desesperante. Sér inofensivo, pero insufrible.

Mas si los habladores son el tormento de la sociedad, que se cree obligada á soportarlos, en cambio la conversacion forma la delicia del género humano.

¡Charlar! Hé ahí un placer que nos atrae, que nos acerca unos á otros, que nos reúne al rededor de la mesa de un café, en la esquina de una calle, en un salón, en cualquier parte. La palabra corre de boca en boca como una mariposa de flor en flor, va y viene, entra y sale, sube y baja, siempre fugitiva, tejiendo la tela caprichosa de la conversacion en movilidad continúa, cambiando á cada instante de direccion, de color, de forma, cogiendo al paso los dichos agudos, las sentencias graves, las observaciones oportunas, las noticias curiosas, los datos ignorados y las frases felices.

¡Charlar! ¡qué delicia!.....La primera pa-

labra cae como la semilla en la tierra; inmediatamente se fecunda y surge como una enredadera el vástago movible, ligero y frágil de la conversacion. Se comentan las noticias, se hacen diversas relaciones del mismo suceso, se contradicen los datos, se citan textos, se duda, se afirma y se replica. Una averiguacion produce otra, se dice lo que se sabe de buena tinta, lo que se bebe en buenas fuentes; se cruzan las suposiciones, se enredan los pareceres, se retuercen los argumentos; unos discurren sériamente, otros hablan de broma; aquí se acalora éste, se rie el otro, y todos charlan.

La conversacion forma una especie de red, que sujeta á los interlocutores y detiene á los que escuchan; no es posible pasar junto á una conversacion y no pararse sin caer en ella; el círculo crece y mengua á la vez, renovándose los que se van con los que entran. Se sabe dónde principia una conversacion, pero se ignora dónde acaba. Se pasa de un asunto á otro con facilidad pasmosa.

Así trascurren una hora, dos horas, tres

horas deliciosas. Despues nada; pero entre tanto..... todo.

Hay una hora avanzada de la noche en que la concurrencia al casino es más numerosa, y digámoslo así, más escogida. Es la hora en que refluye á ese corazon de Madrid la gente más amena, más movible, que al salir, ya de este ó de aquel teatro, ya de una tertulia, ya de otra, se ve en la dura alternativa de irse á sepultar en el sepulcro de su casa ó de alargar la vida de aquel día un par de horas más, dando, como vulgarmente se dice, una vuelta por el casino.

La eleccion no es dudosa, y la concurrencia se aumenta. Es la hora de las cenas, la hora del juego, la hora de las últimas noticias, la hora de los animados diálogos, la hora de las conversaciones deliciosas, la hora, en fin, de la suprema charla.

El Duque se pasea de un extremo á otro del salon, y aunque parece algo inquieto y la luz del gas hace más pálido su semblante, el aspecto es risueño y alegre; bromea con cuantos se acercan á saludarle, y está decidior y chistoso.

Uno de los circunstantes dijo :

—Señores, tenemos otro cadáver.

—¡Cómo es eso! preguntaron algunos.

—Acaba de suicidarse un jóven de buena posicion y de muchas esperanzas.

—Consecuencias del juego, exclamó uno yéndose á la sala del *treinta y cuarenta*.

—Ca, no ha sido el juego la causa del suicidio.

—¿Padecía alguna enfermedad?

—Tampoco.

—Entónces, habrá quebrado.

—Méenos.

—¿Quién es ella?

—Eso es: unos amores desgraciados.

—Vean ustedes, dijo el Duque, acercándose al corro donde habia surgido esta conversacion. La mayor locura que puede hacer un hombre es matarse; la mayor tontería, matarse por una mujer. Es verdad que ellas se mueren por nosotros, pero eso es bastante más cómodo que matarse por ellas.

—Perfectamente dicho, exclamó una voz detras del Duque, el cual volvió la cabeza vi-

vamente, encontrándose con Lanuza, que le tendía la mano.

Estrechóla afectuosamente, diciendo:

—Viene en mi apoyo una autoridad irrecusable, y me complace en extremo que sea de mi misma opinion.

—¿Y cómo no serlo? añadió Miguel con franca sonrisa. ¡Matarse por una mujer!.... Señor Duque, eso es una solemne tontería.

—Vamos, replicó el que habia llevado la noticia del suicidio, yo quisiera verlos á ustedes.....

—¿Suicidados? preguntó el Duque.

—No; quiero decir que en igualdad de circunstancias habrian ustedes recurrido al mismo medio.

—En ese caso, dijo Miguel, seriamos tontos, rematadamente tontos. ¿No es verdad, señor Duque?

—¡Oh! es una verdad como un templo.

A varias personas de las que se hallaban presentes les llamó la atencion la cordial armonía que reinaba entre el Duque y Lanuza, porque creian que ambos se miraban con recelo á causa de la criolla, pues era pública

la situacion de uno y otro respecto á la rica heredera; mas por lo que acababan de oírles y por lo que estaban viendo, llegaron á persuadirse de que no existia entre ellos ni la más ligera sombra de disgusto.

No hubo quien contradijera el comun parecer de los dos íntimos amigos, y el suicida quedó enterrado bajo el peso de esta oracion fúnebre, cantada á coro:

«Era tonto.»

El asunto estaba agotado, cuando introduciéndose en el corro el Vizconde, que acababa de entrar en el salon, dijo:

—Hay crisis.

—¡Crisis! exclamaron algunas voces en tono dudoso.

—Crisis, repitió el Vizconde.

—Es imposible, replicó un parlamentario de los de cal y canto. El ministerio tiene mayoría en ambas cámaras; mayoría compacta, unida, capaz de votarle la sumision de España al Emperador de Marruecos. Con esta base la crisis es absurda.

—Poco á poco, salió diciendo otro; en los gobiernos constitucionales los cambios

frecuentes de ministerio son necesarios, porque son el alma del juego de los partidos, que sucesivamente han de alternar en el poder, de manera que el estado propio de los gobiernos parlamentarios es la movilidad continua, esto es, la crisis perpétua. Hace dos años que pesa sobre nosotros el actual ministerio, y eso es insostenible, anticonstitucional, antiparlamentario, en una palabra, absurdo. La crisis, pues, es lógica.

—Muy bien, muy bien, gritaron los circunstantes, unos muy seriamente y otros riéndose á carcajadas.

El parlamentario dejó pasar esta manifestacion de la opinion pública, y con el aplomo del hombre que está seguro de lo que piensa, dijo:

—Reconozco el principio y niego el hecho. Convengo en que debe rodar constantemente la bola parlamentaria para que ordenadamente se verifique el turno de los partidos; pero, señores, la Constitucion no marca plazos á la duracion de los ministerios, y si hemos de admitir alguno, ése es indefinido, á saber: mientras tengan mayoría en las Córtes.

—O mientras no tengan minoría en los cuarteles, añadió uno al paño.

—O mientras no pierdan la confianza de la corona, dijo otro.

—O mientras no se tiren las carteras á la cabeza en algun consejo de ministros, murmuró un tercero.

Reinó un momento de confusion, que calmó la voz del Vizconde, gritando:

—Pido la palabra, pido la palabra.

Era el autor de la proposicion, y el concurso se dispuso á oírle.

Entonces tomó la actitud solemne del orador que va á confundir á su adversario, y exclamó:

—Señores..... hay crisis..... he dicho.

Estas palabras fueron coronadas por un aplauso.

—Pero bien, preguntó el Duque, ¿cuál es el motivo de esa crisis repentina?

—Pásmense ustedes, contestó el Vizconde. El motivo de esta crisis repentina es la paz de Europa.

El Duque y Miguel se dirigieron una mirada de inteligencia, y el último exclamó:

— ¡Oh! en ese caso, siento en el alma la crisis en que el Gobierno se encuentra.

— ¿Por qué? preguntó el Duque sonriendo afectuosamente. ¿Es V. ministerial?

— No, pero París me es antipático, y llevo mi antipatía á tal punto, que deseo verlo arrasado.

— París, replicó el Duque, es actualmente el cerebro del género humano; lo que París piensa, piensa el mundo.

Miguel hizo un movimiento de impaciencia, que reprimió inmediatamente, diciendo:

— No puedo oír con indiferencia la admiración que se tributa á una ciudad que, ménos rica que Babilonia y ménos poderosa que Roma, reúne á la vez la córte licenciada de Baltasar y la abyecta plebe del bajo imperio.

A nadie le extrañaba que el fracaso de la próxima guerra entre Francia y Prusia tuviera irritado el ánimo de Miguel, porque todos sabían que la paz de Europa, nuevamente asegurada por el Emperador de los franceses al abrir las sesiones del Cuerpo legislativo, le había costado una enorme pérdida, que aquel mismo día hubo de pagar

duro sobre duro. Estaba, pues, en su terreno maldiciendo á París, capital del imperio que huía de la guerra, ó á lo ménos la aplazaba.

Pero el Duque no tenía los mismos motivos para participar de opinion tan interesada; ántes, por el contrario, sentía hácia París la atracción de todos los placeres. París era á sus ojos el oráculo del mundo. Un pueblo que como ninguno sabía hacer el amor, la comedia y la guerra, debía ser para el Duque, galanteador, hombre de mundo y espadachin, tres veces inviolable. Poner, pues, la mano sobre París era ponerla sobre su ídolo.

Por estas razones nadie extrañó que se empeñara el Duque en sostener el honor ofendido de la primera nacion de Europa.

Ademas, la gran mayoría de las personas allí reunidas participaba de la misma admiración que el Duque. Casi todas ellas habían hecho sus excursiones á París, y siempre habían vuelto exclamando: «¡Qué París!..... ¡qué París!.....»

Así es que las palabras de Miguel se con-